
INTRODUCCION.



ESTE libro debió haber salido á luz el 21 de marzo del corriente año, centenario del natalicio del Benemérito de las Américas, C. Benito Juárez; porque habiendo, desde que acabé de leer los diez tomos que van publicados de la interesantísima obra de Emilio Ollivier titulada *El Imperio Liberal*, empezado á traducir los capítulos y fragmentos referentes á la intervención francesa y al imperio de Maximiliano en México, y habiendo, á principios de enero, obtenido que el gobierno del Estado hiciera la edición de mi traducción, como un homenaje rendido á la memoria del hombre insigne que fué el depositario del honor nacional durante aquel aciago, pero luminoso período de nuestra historia, desde entonces comenzó la labor tipográfica, que no pudo, por desgracia y por causas ajenas á mi voluntad, quedar terminada en la referida fecha.

Mas no creo que este involuntario retardo sea tras-

cidental; pues si bien es cierto que la publicación oficial hecha entonces de este humilde trabajo—encaminado á dar á conocer en México y en los demás países de habla castellana, la opinion que un estadista esclarecido, un historiador sereno y probo, como es Emilio Ollivier, se ha formado de la actitud que nuestra nación y sus prohombres asumieron en el transcurso de aquel cielo histórico cuya alfa y omega fueron dos fechas vergonzosas para Francia y gloriosas para México: 5 de Mayo de 1862 y 19 de Junio de 1867—habría sido, como expresión de la verdad, brotada de la pluma de un enemigo, homenaje digno de la memoria de Juárez, recientemente escarnecida y calumniada por otra pluma de que no debió jamás brotar más que el elogio, exigido por la justicia, ó el ditirambo, inspirado por la gratitud, cierto es también que en cualquiera ocasión es útil la publicación de este libro.

Muchas han sido las obras en que se ha narrado y comentado ese episodio de la historia del siglo XIX, que ha influido más de lo que ordinariamente se cree en el desarrollo de los acontecimientos políticos en el mundo de civilización occidental; porque numerosos han sido los actores de aquel drama que han dado á conocer el papel que en él desempeñaron, ora en cartas escritas en los momentos de la acción, ora en Memorias evocadas después, y no pocos los que, con ayuda de esas impresiones personales y de otros documentos, han historiado en conjunto aquel episodio. Pero ninguna de estas obras—y eso que entre ellas hay que contar el tomo V de *México á través de los siglos*, debido á la honrada pluma del sabio historiador nuestro D. José María Vigil, y la trilogía *Sueño de Imperio*, *El imperio de Maximiliano* y *Fin de imperio* del justiciero publicista francés D. Pablo Gaultot—tie-

ne la abundancia de documentación, la imparcialidad y elevación de criterio que resaltan en estas páginas y que voy á hacer más patentes todavía.

Hasta que comenzó la publicación de la grande obra de que hemos traducido las páginas que forman este libro, Ollivier, más bien que á la historia, se había dedicado á la crítica histórica. Literato hasta la médula, sus libros *1789-1889*, *Lamartine*, *La Iglesia y el Estado en el concilio del Vaticano*, habían sido análisis de determinadas épocas, á las que había aplicado su recto criterio y su extensa y profunda erudición. Pero todos ellos dejaban ver que, en su concepto, la historia debe escribirse como la escribieron Agustín Thierry y Fustel de Coulanges; es decir, «únicamente con textos; porque el mejor historiador es el que más se apega á los textos y no escribe, ni siquiera piensa sino conforme á los textos», como ha dicho en alguna parte el último de esos historiógrafos. Por eso, á pesar de que llamó á *El Imperio Liberal*, *estudios*, *relatos*, *recuerdos*; á pesar de que con esa obra persigue su propia justificación, procurando sincerarse de los tremendos cargos que se le han hecho por la participación que tomó en la política francesa en las postrimerías del segundo imperio, en la narración, pasmosamente minuciosa, de todos los acontecimientos que agitaron á Europa durante el reinado de Napoleón III, se apega á los textos, á los documentos, intercalándolos como partes integrantes de su obra; y no hace una reflexión, no saca una consecuencia que no se funde en los hechos mismos, exactos é incontrovertibles, ó no se desprenda de ellos (1).

1 De entre los servidores del segundo imperio que sobrevivieron al desastre de 1870, ninguno ha sido tan aborrecido en

Y no es, por cierto, en la narración de los episodios de la intervención francesa y del imperio de Maximiliano en México, en donde se hace menos palmaria esa su pasión por la verdad histórica. Antes de escribir, había leído todos los documentos particulares y oficiales—entre éstos muchos informes y cartas desconocidos en México hasta hoy—que se escribieron entonces, y todos los relatos y comentarios que se han escrito después—entre ellos los libros de Vigil, del Dr. Rivera, de Iglesias Calderón, que deben ser poco conocidos en Francia;—y de esa manera su narración ha venido á ser la más exacta que se ha escrito, á pe-

Francia como Emilio Ollivier. Más que al embustero ministro de Guerra que declaró que la nación estaba apercibida para combatir y que no faltaba «ni un botón de polaina»; más que á los generales que, por su ineptitud, hicieron que se perdieran las batallas; más que á los contratistas que suministraron al ejército zapatos con zuelas de cartón, la Francia republicana ha maldecido al ministro de Justicia, cuasi presidente del Consejo, que declaró, al ser declarada la guerra, que el gobierno imperial «aceptaba la responsabilidad que contraía, con el corazón sereno (*le cœur léger*)». Y eso se explica por haber el partido republicano odiado á Ollivier desde los principios de su carrera política. Como su padre había sido perseguido y encarcelado por Napoleón III después del golpe de Estado del 2 de diciembre, se le tuvo á mal que, al ser electo representante del pueblo, no se mostrara irreconciliable, sino simplemente liberal; y sus mismos compañeros del grupo de los Cinco y sus colegas de Tercer Partido, que en 1860 y en 1863 obtuvieron la gradual liberalización del imperio, le acusaron de contentarse con la liberalización y de no procurar la destrucción de un régimen de origen criminal. Pero la aversión que inspiraba llegó hasta el desprecio cuando se le vió acercarse resueltamente á la corte de las Tullerías y obtener, el 19 de enero de 1867, que el emperador y la emperatriz aceptaran su programa de reformas liberales, que podían dar por resultado la consolidación del imperio. Y como desde entonces su influencia fué aumentando,

sar de contener algunos ligeros errores de detalle (1).

Para convencerse de que también es imparcial, basta reflexionar un poco en las circunstancias personales y políticas de Ollivier. Francés, liberal y bonapartista, más liberal de corazón que bonapartista, tenía, como francés, que hablar con benevolencia y hasta con patriótico entusiasmo, de aquél ejército expedicionario que vino á pasear por los valles y montañas de este rincón de la tierra americana, las águilas que las huestes del primero y tercero de los Napoleones habían paseado por Europa, Africa y Asia; aunque, como liberal y bonapartista, tenía que convenir en que aquella expedición fué un atentado contra la

hasta que, en el apogeo de ella, sólo pudo derribarle la catástrofe, nada ha podido atenuar aquel desprecio.

¿Fué Ollivier tan culpable como se dice, y mereció el aborrecimiento de que ha sido objeto? No seré yo quien resuelva en asunto tan delicado. Pero sí debo decir que su defensa, emprendida á los setenta años con la publicación del primer tomo de *El Imperio Liberal*, y no terminada todavía ahora que cuenta ochenta y uno (nació en 1825), es la labor formidable y conmovedora de un cerebro privilegiado, y que si no le sirve para sincerarse de los cargos que se le hacen, sí le servirá para dejar un monumento imperecedero de sus facultades intelectuales y de su probidad como historiador. Porque estoy cierto de que, así como nosotros los mexicanos lo podemos, después de leer la parte de su libro que se refiere á nuestra historia, los pueblos de Europa, después de leer lo que á la suya se refiere, pueden atestiguar que Ollivier ha cumplido con el precepto de Marco Aurelio que escogió como epígrafe: «Que todas tus palabras tengan un acento de heroica verdad».

1 He dejado todos esos errores en mi traducción, porque he querido que ésta sea absolutamente fiel, y por falta de tiempo no los he rectificado por medio de notas. Sin embargo, si este libro tiene el éxito que espero, haré de él una segunda edición y en ella, previa autorización del Sr. Ollivier, corregiré esos errores que, repito, son de poca importancia.

libertad, una contradicción de la tradición napoleónica, que había sido manumitir, no sojuzgar á los pueblos. Y así habla, en efecto, de eso que llama un «gigantesco error». Rechazando necias imputaciones—sobre todo la ridícula conseja de que Napoleón III empiéndera la expedición de México con el único objeto de hacer ganar algunos millones al duque de Morny, su hermano adulterino, obteniendo el pago del crédito Jecker,—al través de los proyectos de Inglaterra, Francia y España para poner coto á la expansión anglosajona en América, al través de las veleidades de la emperatriz Eugenia para vengar los agravios que México, rompiendo al fin el último eslabón de la cadena que le había forjado España, había inferido á la Santa Sede, Ollivier busca, y según creo encuentra, el plan político que desarrollaba Napoleón al intervenir en los asuntos de México: obligar á Francisco José, quitándole de en medio á su revoltoso hermano, á quien daba una corona, para que aquél, más tarde, consintiera en dejar libre á la Venecia para que formara parte de la Italia unificada. Pero no por haber descubierto esa mira oculta, ese pensamiento de *derrière la tête* de quien era todavía en 1861 un político sagaz, disculpa Ollivier su conducta. Antes bien, en el fondo, hace resaltar la violación del principio de las nacionalidades, que regía la diplomacia francesa desde 1848, y la inconsecuencia que entrañaba el querer hacer la unificación integral de una nación que iba á formarse con las disgregadas provincias de habla italiana, á costa de la independencia y de la libertad de otra nación ya formada allende el Atlántico y reconocida; y en los detalles, no deja de patentizar que Napoleón fué miserablemente engañado, primero por sus ministros Gabriac y Du-

bois de Saligny, cómplices de los emigrados mexicanos, después por sus generales Lorencez, Forey y Bazaine, acerca de la situación real y del valer de los partidos que en México contendían. Y como resultado lógico de esas observaciones justísimas, de las páginas de este libro se desprende con más claridad que nunca, que la conducta del principal autor de la intervención y del imperio en México, Napoleón III, fué injusta y contradictoria; la de Maximiliano, necia y servil; la de Pío IX, del clero y de los emigrados mexicanos, tortuosa y torpe, y la de Almonte, Miramón, Márquez y otros, infame; mientras brillan con mayor esplendor la abnegación, el heroísmo y hasta la clarividencia política de los defensores de nuestro derecho, de los hombres de pluma y de espada que fueron el cerebro y el brazo de la resistencia nacional: de los Juárez, Lerdos é Iglesias, de los Escobedos, Díaz y Coronas.

Cierto es que iguales consecuencias se deducen de otras obras publicadas antes acerca del mismo asunto, y especialmente de las de Vigil y Gaulot; pero esa verdad histórica brota más luminosa de la obra de Ollivier, porque hay en ella mayor serenidad de criterio que en la de nuestro historiógrafo, que tomó en aquellos episodios parte suficientemente activa, y más profundo conocimiento de las causas y los hechos que en la del publicista parisiense, que sólo dispuso de los documentos del pagador del ejército expedicionario Ernesto Louet. Y ésta es la ocasión de hacer resaltar la elevación de criterio que informó las páginas originales de este libro.

Habiendo sido uno de los Cinco que formaron el grupo liberal opositor que, en el seno del Cuerpo Legislativo, combatió desde sus principios la loca

aventura de la intervención, pero habiendo después sido también factor principalísimo en la liberalización del régimen imperial, liberalización que se inició, entre otros actos de política extranjera, con la evacuación de México por el ejército expedicionario, Ollivier no podía tener interés en atenuar ni en agravar la responsabilidad del emperador en esa expedición: tenía que juzgar de ella, si bien con la franqueza de quien siempre la censuró, con la benevolencia de quien con sus censuras obtuvo el éxito deseado. Por eso ve las cosas desde lo alto, y está tan lejos de ser deturpador sistemático de la intervención, como de ser su panegirista.

Con respecto á nuestro país y á sus hombres, el juicio de Ollivier no es menos elevado. Desde las primeras páginas compara la situación de México en 1861 con la de Francia en 1814, y aprueba y admira á nuestro pueblo, que hizo á Juárez, perseguido por el odio de los conservadores y clericales unidos con el extranjero, depositario del honor nacional, como aprueba y admira al pueblo francés, que manifestó más que nunca su adhesión á Napoleón I al verle perseguido por los aliados invasores apoyados por los borbonistas. Pero si esa comparación no es del todo exacta, porque mientras la adhesión de los franceses á un glorioso hombre de guerra, les condujo al fin al abismo de Waterloo, la adhesión nuestra, no á Juárez, sino á la república, no abrió para nosotros abismo ninguno, sino que levantó para nuestros enemigos el Calvario de las Campanas, en cambio, sí ofrece ocasión para hacer constar la alteza de criterio de que he hablado.

En efecto, el epíteto de traidor de que tanto abusamos en aquellos terribles días, de que tanto debieron

abusar los franceses en 1814 y en 1815 y que todavía estampan en sus obras los historiadores patriotas de allende y aquende el Atlántico, no brota una sola vez de la pluma de Ollivier, ni para calificar á los borbonistas que llevaron á París á los aliados, ni para calificar á los monarquistas, conservadores y clericales que trajeron á México á los franceses. ¿Por qué? ¿Acaso ignora el autor de *El Imperio Liberal* que, como ha dicho con sobrada razón la Sra. de Stael, "hay en política, como en moral, deberes inflexibles, y el primero de todos es no entregar su país á los extranjeros"? No, no puede ignorarlo, no lo ignora ciertamente. Pero el anciano ministro de Justicia de Napoleón III al estallar la guerra franco-prusiana en 1870, *l'homme au cœur léger* sobre quien han pesado tantos odios, sobre quien han llovido tantas maldiciones, es natural que, después de haber visto tantas pasiones políticas desencadenadas, tantos errores cometidos, tantas desdichadas sufridas, no quiera lanzar los grandes anatemas sino con plena justificación.

Actitud es ésa que en otros grandes pensadores me había sorprendido. Así, Chaix d'Est-Ange, en su interesantísimo estudio histórico-jurídico sobre el proceso de María Antonieta, ha escrito estas bellas páginas:

«Por encima de todos los partidos, por encima de todas las discordias civiles está la patria, que no es sólo una *expresión geográfica*, sino la gran familia de aquellos cuyos antepasados, nacidos en el mismo suelo, que hablan la misma lengua, viven con las mismas costumbres, obedecen las mismas leyes y han trabajado, combatido y sufrido juntos para dejar á sus descendientes la común herencia del honor, del poderío y de la grandeza de la nación. La Revolución y el Imperio deben glorificarse de haber recórda-

do al mundo este principio de la antigüedad, que se había olvidado; de haberlo desprendido de toda mezcla impura, de toda obscuridad, y proclamado, en una lucha de veinte años contra la Europa coaligada, con una energía y un esplendor inmortales.

«Pero después de reconocer ese principio y de inclinarse ante él, parece que debe ser permitido investigar cómo María Antonieta llegó á desconocerlo, y bajo la presión de qué necesidades, hasta qué punto y con qué intenciones lo violó.

«Desde luego, encuentro una confusión fácil de disipar. El llamar al extranjero es un acto gravísimo, que debe llevar en sí mismo su sentencia y que, sin embargo, sirve para designar situaciones muy diversas. La primera idea que trae al espíritu es la del condestable de Borbón y de aquel grande de España (el conde D. Julián) que abrió á los moros las puertas de la Península. Ahora bien, acerca de actos como éstos, no ha podido haber duda en ninguna época, por más remota que se la suponga, siempre que en ella se encuentre con la tribu la idea de patria. Que un hombre traicione á su país en beneficio de otro país; que, movido por un sentimiento de cólera, de venganza ó de ambición, se ponga á la cabeza de un ejército enemigo; que le sirva de espía; que le entregue la plaza fuerte que está encargado de defender, que le revele el plan de campaña que se le ha encomendado ejecutar, cometiendo cualquiera de esos actos para satisfacerse á sí mismo y dañar á sus conciudadanos, y no habrá quien no considere ese acto como culpable y á su autor como merecedor de un castigo ejemplar. La conciencia universal no da á ese respecto ni puede dar sino una sola contestación.

«Al contrario, muchas veces ha variado en la apre-

ciación del hecho de que voy hablar. Un país está desolado por la guerra civil y varios partidos se disputan el poder; atraviesa, en fin, por una de esas épocas de turbación en que, entre las tinieblas y el desconcierto, cada quien busca á tientas su camino y se pregunta ansioso cuál es su deber. Las pasiones religiosas ó políticas han enardecido los ánimos. Los unos, como en el siglo XVI, por ejemplo combaten por la unidad de la fe; los otros, por la libertad de la conciencia. Estos invocan el pasado y se fundan en derechos adquiridos; aquéllos señalan el porvenir, y á los derechos que derivan de las costumbres ó de la ley escrita, oponen los derechos imprescriptibles de la ley natural ó de la razón.

«Supongamos que se recurre á las armas y que uno de esos partidos llama en su apoyo al extranjero. ¿Con qué objeto? Bien sé que los partidos se cubren siempre con sofismas y con pretextos honrosos. Pero, en fin, ¿con qué objeto se ha llamado al extranjero? ¿Por qué los calvinistas franceses pidieron socorro á los cantones suizos, á los príncipes alemanes, á la reina de Inglaterra? ¿Por qué los católicos llamaron á los españoles? ¿A qué sentimientos obedecían? ¿Querían perjudicar á su país? No, al contrario: unos y otros tenían la pretensión de combatir solos por sus intereses y por su honor, y de libertarlo de los tiranos y facciosos que lo deshonoraban. ¿Qué eran para ellos los extranjeros? Auxiliares, aliados, correligionarios, que iban á trabajar con ellos para hacer triunfar la buena causa.

«Así razonan los partidos en sus arrebatos, pero sinceramente, y si desencadenan sobre su país males terribles, atrayendo al extranjero, que es siempre el peor de los amos, y si hay que condenarles, al menos,

los móviles que les guían pueden en cierto modo servirles de excusa, y jamás se les podrá juzgar con el mismo rigor con que se juzga á los traidores de que antes hablé».

La moderación de Ollivier en la apreciación de la conducta de los borbonistas franceses en 1814 y de los intervencionistas mexicanos en 1861, me recordó estas páginas, que antaño me impresionaron y en que he vuelto á meditar; porque, indudablemente, el acto ejecutado por Gutiérrez de Estrada, Hidalgo, Labastida, Aguilar y Marocho, al solicitar la ayuda de Napoleón III para combatir á los constitucionalistas mexicanos, vencedores en Calpulalpan, es idéntico al ejecutado por María Antonieta y por los emigrados de 1791, al solicitar la ayuda del emperador de Austria para combatir á los constitucionalistas, dueños de Francia después de la aventura de Varennes. Pero esos actos ¿constituían lo que propiamente se llama una traición? Chaix d'Est-Ange, ya lo hemos visto, sostiene con razonamientos de indiscutible peso, que, en todo caso, no es comparable con las cometidas por el conde D. Julián y el condestable de Borbón, tipos de infidencia que la conciencia humana ha presentado siempre á la execración universal.

Por otra parte, para juzgar con absoluta equidad de la conducta de los intervencionistas mexicanos sinceros, hay que considerar el hecho de que un partido busque el apoyo de las armas extranjeras, como se le consideraba en la sexta década del siglo anterior, conforme á los principios y teorías que privaban entonces en el mundo civilizado. Haciendo á un lado el ejemplo de los hugonotes evocado por Chaix d'Est-Ange, haciendo á un lado que, en guerras civiles como fueron las de independencia de los Estados Unidos y de Mé-

xico, en ambos países habían los partidos insurgentes, sin que se les acusara de traición, recurrido al extranjero, aceptando en el primer caso el auxilio armado de Francia y procurando obtener en el segundo el apoyo material de los mismos Estados Unidos, hay que tener en cuenta que, desde la Revolución Francesa, el principio de intervención había sido en todo el mundo europeo aceptado y aplicado, ya fuese con el nombre de *principio de las nacionalidades* ó con el de *principio del equilibrio*, flamante aquél, redorado éste.

La Convención, en efecto, al derecho que proclamaban los gobiernos monárquicos de Rusia, Austria y de la misma Inglaterra, para ingerirse en los asuntos de Francia, con el objeto de sostener el trono de Luis XVI, había opuesto el derecho que decía tener la República Francesa para aliarse en Italia, en Polonia, en Holanda, en los principados alemanes, con los partidos populares que luchaban contra las dinastías reinantes. De ahí las campañas napoleónicas libertadoras de pueblos y destructoras de tronos, que habían de tener, como resultado lógico, después de Waterloo, las expediciones de Francia y Austria, llevadas al cabo, de... 1820 á 1823 y en nombre de la Santa Alianza, para echar por tierra al orden constitucional en España y restablecer el poder absoluto de Fernando VII, y hacer otro tanto en Nápoles y en el Piamonte. Y este derecho de intervención, que se atribuían los gobiernos europeos, era forzosamente correlativo del derecho de recurrir á esa intervención, que se atribuían los partidos; al grado que fué preciso que Monroe, temeroso de que uno ú otro de esos derechos ó ambos unidos, dieran por resultado que volviera á ponerse en tela de juicio la independencia de las antiguas colonias españolas, lo cual hubiera podido poner en el

mismo caso á las antiguas colonias inglesas, se creyó obligado á proclamar la doctrina que lleva su nombre (diciembre de 1823) y que no era más que una nueva teoría intervencionista en favor de los pueblos americanos manumisos.

Entretanto, en Europa, que lentamente se liberalizaba, esas ideas hacían surgir el principio de las nacionalidades, profesado por los pueblos, que lo habían impuesto á los gobiernos desde 1825—sobre todo cuando Inglaterra reconoció la independencia de las antiguas colonias españolas y cuando Rusia, Francia é Inglaterra, aliadas, aseguraron en Navarino la independencia de Grecia—y transformado en 1848, en Francia, en diplomacia de Estado. Ese principio, en el fondo, no era más que el principio de intervención aplicado á la defensa de la independencia y libertad de los pueblos, como el principio del equilibrio, profesado por la Santa Alianza, era el principio de intervención aplicado á la conservación ó restablecimiento de los gobiernos dinásticos; pero uno y otro reconocían á los sostenedores de un gobierno y á sus opositores el derecho de recurrir al extranjero, aunque, mientras á la ingerencia de éste se la llamaba intervención, conforme al principio reaccionario del equilibrio, y como tal se la aceptaba (1), no se la llamaba así conforme al principio liberal de las nacionalidades (2) y por no ser intervención se la admitía.

1 Pío IX, en el *Syllabus*, declaró contrario á la fe católica sostener el principio de *no intervención*.

2 Ollivier, en su primer tomo de *El Imperio Liberal*, al definir el principio de las nacionalidades, hace constar que, conforme á ese principio, una nación «no interviene cuando presta el apoyo de sus armas á otra nación que, habiéndose dado instituciones libres, con el asentimiento inequívoco de la mayoría,

Por tanto, ya fuese que los intervencionistas mexicanos buscaran la aplicación del principio del equilibrio, como lo hicieron sin duda Gutiérrez de Estrada, Hidalgo y los obispos que prepararon la venida del ejército francés expedicionario, ya fuese que se acogieran al principio de las nacionalidades, que quiso aplicar Napoleón III, como lo hicieron sin duda Ramírez, Escudero y Echanove, Lacunza y demás liberales que se adhirieron al imperio ya establecido y sostenido por las armas francesas, el entrometimiento de Francia en nuestros asuntos era tan conforme á la práctica de los gobiernos, cuanto el solicitar ese entrometimiento era conforme á las costumbres de los partidos. Porque los primeros no hacían más que lo que había hecho Pío IX al aceptar la asistencia armada de Francia para sostener el poder temporal, y los segundos lo que habían hecho Cavour y Garibaldi al aceptar la misma asistencia para hacer la unificación de Italia; y ni los unos ni los otros creían traicionar á la patria ni la traicionaban; porque no trataban de dañar á sus conciudadanos satisfaciendo aspiraciones personales ni beneficiando al extranjero.

Que fueron engañadores ó engañados, nadie lo puede poner en duda. Los emigrados mexicanos que solicitaron la intervención, engañaron á Napoleón ha-

está amenazada por una potencia extranjera protectora del gobierno caído; ni cuando, en sentido inverso, protege á un gobierno legítimo contra la insurrección de una minoría facciosa sostenida desde el exterior, abierta ó hipocritamente, por un gobierno ó por sectas políticas; porque en ninguno de esos dos casos hay *intervención* sino alianza con un Estado independiente, alianza que debe ser voluntaria, puesto que de que una asistencia sea jurídicamente posible no se sigue que deba ser obligatoria».

ciéndole creer que su ejército venía á derrocar á un gobierno usurpador, establecido contra la voluntad nacional, es decir, á aplicar el principio de las nacionalidades, cuando en realidad aplicaba el principio del equilibrio; los liberales que después se adhirieron al imperio, se engañaron creyendo que se estaba aplicando aquel principio. Pero engañadores y engañados recibieron su justo castigo: aquéllos siendo eliminados de toda participación en la cosa pública desde los comienzos del imperio; éstos hundiéndose con él; porque el principio de las nacionalidades, que Napoleón no supo aplicar ni en México ni en Roma, sí lo aplicaron los Estados Unidos, prestando al gobierno republicano su apoyo moral y hasta apercibiéndose á prestarle su auxilio armado. Mas no hay que agravar aquel castigo calificando de traidores á los que lo sufrieron.

Por lo demás, bueno es reflexionar en que ese criterio benévolo no puede menos de poner fin á las interminables recriminaciones que hace medio siglo se dirigen los dos partidos que unas veces intelectual, otras materialmente, dividen al pueblo mexicano; porque mientras los liberales sigamos llamando traidores á los intervencionistas, los conservadores no cesarán de arrojarnos á la faz no sólo aquel apoyo que los Estados Unidos nos dieron para arrojar de nuestro territorio al extranjero, sino también el incidente de Antón Lizardo y el tratado Mac Lane-Ocampo, difícilmente justificables á la luz de un criterio intransigente.

Así pues, esa terrible acusación de traición á la patria debe dejarse sólo para casos excepcionales de ambición personal y desenfrenada, para lanzarse á individuos como Santa Anna, Almonte, Miramón y Márquez, capaces de ofrecer su espada y de vender su al-

ma, no ya al extranjero, sino hasta al diablo, para recuperar su predominio sobre la nación; nunca á aquéllos que, como Mejía y Méndez, por ejemplo, serán siempre, por su firmeza de convicciones y su impavidez ante la muerte, timbres de orgullo para nuestra raza.

Pero Ollivier no se limita á no aplicar el epíteto de traidores á los intervencionistas mexicanos; sino que, al tratar de la entrega de Querétaro por Maximiliano—hecho que por primera vez reconoce como indiscutible un historiador extranjero,—lava al archiduque de la mancha de traición hacia sus generales, que le hemos nosotros atribuído. Y aquí también tengo que aprobar la conducta del autor de *El Imperio Liberal*, por más que me duela ponerme en contradicción con mi respetado y admirado amigo D. Fernando Iglesias Calderón.

No; Maximiliano no traicionó á nadie al enviar á López para que entregara á Escobedo la llave de la plaza que sitiaba. Esa acción, hija de la debilidad de carácter, pero también de los nobles sentimientos de un príncipe incapaz de provocar un derramamiento de sangre inútil, lejos de deshorrar á Maximiliano—aunque la tuvo que ejecutar subrepticamente, obligado por las circunstancias,—puede considerarse como el primer paso que dió, después de tantos errores, después de tantas vacilaciones culpables, después de tantas contradicciones vergonzosas, para reasumir una actitud digna de su estirpe y que debía tomar todos los caracteres del heroísmo más conmovedor á la hora del sacrificio.

Y hay que advertir que, juzgando así las cosas, con criterio sereno y elevado, se obtendrá también que cesen controversias ridículas, que dejen de publicarse

imbecilidades como las de Blasio, el último acaso de los fetichistas del imperio.

Bien sé que todo lo escrito anteriormente no será por todos aceptado. Los liberales exaltados seguirán llamando traidores á los intervencionistas, y los conservadores rabiosos, llamando traiciones lo de Antón Lizardo y el tratado Mac Lane-Ocampo; pero también sé que los espíritus desapasionados me darán la razón. En todo caso, no creo que nadie pueda acusarme de ser inconsecuente ó inoportuno al consignar estas reflexiones en un libro dedicado á honrar la memoria de Juárez.

Traidores ó no los fautores de la intervención y del imperio, siempre los pensadores y los héroes que contrarrestaron su labor nefanda, que predicaron á nuestro pueblo el evangelio de la libertad y que regaron con su sangre los campos de batalla, seguirán mereciendo el amor y la gratitud de los mexicanos y el respeto y la admiración del mundo. Y si, como dice Ollivier, al meditar en el fin de la aventura imperialista en México, «jamás un atentado contra el principio de las nacionalidades ha sido tan pronta ni tan terriblemente castigado», hay que pensar también en que los principios democráticos que hoy rigen á la humanidad, jamás han recibido sanción más alta que la que recibieron cuando la vida de un Hapsburgo, nacido en el palacio de Schœnbrunn y coronado por la voluntad de dos emperadores, de un pontífice y del rey de los belgas, se apagó bajo el soplo de un indio zapoteca, nacido en un jacal de San Pablo Guelatao.

Manuel Puga y Acal.

Guadalajara, junio de 1906.

La Intervención Francesa

Y EL

Imperio de Maximiliano en México
